

# **LA PERSECUCIÓN DE LOS CRISTIANOS EN EL MEDO ORIENTE**

*Conferencia del Dr. Marcos Aguinis,  
al incorporarse como Académico de Número a la  
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,  
en sesión pública extraordinaria del 17 de mayo de 2017*



*Apertura del acto por la Presidente Marita Carballo*

Señor Embajador de España, Señores Presidentes y representantes de Academias Nacionales, señores Académicos, familiares y amigos del Dr. Marcos Aguinis, señoras y señores:

Muy buenas tardes a todos y bienvenidos a nuestra Casa. Soy Marita Carballo, y, como Presidente de esta Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, tengo el honor de abrir el acto en un día muy especial para todos nosotros: la incorporación como académico de número del Dr. Marcos Aguinis.

Será presentado por el académico Rosendo Fraga y disertará sobre el tema “La persecución de los cristianos en el Medio Oriente”.

Como es tradición, hago entrega con gran respeto y alegría del diploma y la medalla que lo acreditan como académico titular.



## *Presentación a cargo del académico de número Rosendo Fraga*

Marcos Aguinis, es de esas pocas personas, de las cuales puede seguirse su trayectoria, a través de los libros que ha escrito.

Es decir que se puede realizar de él, una suerte de biografía bibliográfica.

Su primer libro, es una de sus dos biografías, publicada en 1963. Es la primera de una obra literaria que integran quince novelas, dieciséis ensayos, dos biografías y cuatro libros de cuentos.

La dedicó a Maimónides el gran sabio judío de la época medioeval. Nacido en la Andalucía Árabe, su personalidad no es sólo una combinación de saberes en los cuales la medicina y la filosofía tuvieron un rol principal, sino también fue el cruce de ser judío, haber vivido en el mundo musulmán y además haber sido un gran estudioso de Aristóteles, cuyas enseñanzas llegaron a occidente a través del mismo Maimónides, quien busca conciliar la razón con la teología en el mundo religioso monoteísta en el cual vivió y profesó.

El que publica esta biografía hace 54 años, tenía para entonces una rica trayectoria pese a su juventud.

Nacido en la ciudad de Córdoba, en el penúltimo de sus libros, “La novela de mi vida”, nos hace un relato autobiográfico, que comienza con un pasaje clave de su vida. Es la marca que deja, cuando siendo niño, ve llorar a su padre, al enterarse que en su Moldavia natal, los nazis habían dado muerte a su padre,- el abuelo de Aguinis,- desgraciado destino que también tuvieron dos de sus tías.

En sus años en la escuela primaria en lo localidad cordobesa de Cruz del Eje, es el dibujo su manifestación artística, vocación

primera que él mismo reconoce no haberle “dado oportunidad en algo parecido a una profesión”.

A los diez años, es cuando la música se convierte en lo que él mismo diría “mi primera profesión”. Ya a los dieciséis años, ejecuta en el piano las piezas musicales con las cuales se conmemora el centenario de Chopin en su ciudad.

Uno de sus tíos, cuando se encontraba analizando la profesión que elegiría, decía que podía ser arquitecto por su habilidad para el dibujo, también podía elegir historia por ser esta una de las materias preferidas en lectura e interés, sostenía también el derecho como opción, por su gran capacidad en la argumentación, o la medicina por el interés que tenía por el ser humano.

Esta última es la profesión que elige, especializándose en neurocirugía.

Pero sus primeros títulos profesionales son los de profesor de piano y luego concertista, obtenidos en el Conservatorio Beethoven de la Ciudad de Córdoba. Ha estudiando música y medicina al mismo tiempo.

El artista devenido en médico, tiene interés por la teología, cuestión sobre la cual considera que pudo haber sido otra de sus profesiones. Lee la Biblia, el Corán, estudia el hinduismo y el budismo. Este interés, lo lleva a celebrar que sus padres hayan elegido para él el nombre de Marcos, el evangelista que fundara y organizara la comunidad cristiana copta de Egipto, temática sobre la cual hoy nos hablará.

El interés por la teología, está muy presente en uno de sus libros. En 1996 se publica “Diálogos sobre la Argentina y el fin del Milenio”, fruto de una larga conversación entre Monseñor Justo Laguna y nuestro nuevo Académico.

En este libro,- que él denomina “escrito a cuatro manos”,- Aguinis dialoga desde la posición de un agnóstico, frente a un

pastor de la religión Católica. El libro se repetirá dos años después, con un nuevo diálogo entre ambos.

Pero retrocediendo, con el título de médico y elegida su especialización, se perfeccionará en Francia y Alemania, becado por diversas instituciones. Su sensibilidad le permite, absorber, conocer, entender e ir transformando con el tiempo estas experiencias en literatura.

De retorno a la Argentina, dirigirá el departamento de Neurocirugía de una clínica en la localidad cordobesa de Río Cuarto. Lo hará durante once años, con gran dedicación. Pero al mismo tiempo la profesión -o más bien vocación literaria- lo absorbe con intensidad.

Al mismo tiempo ha seguido con interés la política mundial y la nacional. Ha rechazado desde su adolescencia al primer Peronismo, ha visto con entusiasmo el gobierno de Frondizi y con simpatía el de Illia.

En 1969 publica su segundo libro, “Refugiados. Crónica de un palestino”, en el que premonitoriamente anticipa la gestación de la ola de terrorismo fundamentalista suicida que irrumpirá en el mundo a comienzos del siglo XXI y que tuvo su anticipo en Argentina con los atentados a la Embajada de Israel y la Amia en la primera mitad de los años noventa del siglo pasado.

Al año siguiente, publica “La cruz invertida”, uno de sus libros de mayor repercusión y quizás el más polémico. Será censurado en el país y en el exterior, como sucedió España. Recibirá por él el Premio Planeta, otorgado por dicho país. Fue la consagración nacional e internacional de Marcos Aguinis como escritor. Pero en los dos países, los respetivos gobiernos autoritarios terminaron liberando la circulación del libro, que tendrá una versión cinematográfica y numerosas ediciones.

Poco después, en 1972 vendrá “La Cantata de los Diablos”. Es el primer libro en el que incursiona en la temática argentina, en este caso el imperio de los indios ranqueles en el centro del territorio continental argentino.

Escribía entre viaje y viaje por el interior de Córdoba, querido como neurocirujano. También investiga, buscando datos para construir la literatura a través de la cual se expresa.

A diferencia de muchos intelectuales de esos días, no se ve atraído por el retorno de Perón y mantiene una posición crítica respecto al uso de la violencia con fines políticos.

Esta convivencia de la neurocirugía y la literatura, va generando la necesidad de un cambio. Aguinis lo considera un “renunciamiento”,- término muy usado en aquellos días referido al de Evita,- a su profesión como neurocirujano, como años antes había hecho con la música.

A comienzos de 1976, se traslada con su familia a Buenos Aires. El cambio político que implica el inicio del último gobierno militar, lo encuentra en plena mudanza y cambio de profesión.

Se termina reorientando hacia la psiquiatría. La ejerce con éxito. Hasta llegan a plantearle que sea elegido Presidente de la Asociación Sicoanalítica Argentina, lo que rechaza. Da conferencias y escribe artículos sobre esta materia. Lo acompaña el éxito, como le sucediera primero con la música, luego con la neurocirugía y después con la literatura.

“La conspiración de los idiotas” que publica en 1978, es una ficción excepcionalmente lograda, sobre la tendencia responsabilizar a organizaciones secretas supranacionales como la “sinarquía”, de los fracasos de los países y organizaciones. Cuestiona la tendencia de muchas sociedades de buscar en otro, generalmente extranjero, la culpa de los propios fracasos y la Argentina no ha sido del todo ajena a ello.

Es el último gobierno militar y se vive un ambiente político hostil. Pero de él emerge otra faceta de que se manifiesta en su literatura. En 1978 publica “El combate perpetuo”, una biografía del Almirante Guillermo Brown. Busca tender puentes. En su visión del prócer subyacen críticas hacia la situación que se vive. Pero intenta una reconciliación que en ese momento parece muy difícil.

Cuatro años después, publicará “Carta esperanzada a un General. Puentes sobre el abismo”. Es una fuerte crítica hacia el gobierno militar que ya ha entrado en su fase descendente. Pero la plantea con una esperanza de superación que avizora como necesaria.

Con el retorno a la democracia, se vuelca a la política activa. Acompañará con entusiasmo la candidatura de Raúl Alfonsín. En su Presidencia será Subsecretario y luego Secretario de Cultura.

Desde este cargo, muestra no sólo cualidades políticas, sino también de gestión. Pone en marcha el Programa de Democratización de la Cultura (Prondec). Fue una experiencia de participación ciudadana en la actividad cultural, que se desarrolló durante varios años en todo el país.

La experiencia del funcionario se expresara literariamente a través de un libro: “Memorias de una experiencia. Utopía y práctica del PRONDEC”. Lo considera “el testimonio polifónico de una reflexión colectiva sobre actividades provocativas que generaron entusiasmo y esperanza”.

Pero la gestión pública no lo ha alejado de la literatura, como tampoco lo hizo la neurocirugía ni la siquiatria. En 1985 publica “El valor de escribir” y al año siguiente “Y la rama llena de frutos”.

Terminada la etapa de la función pública, se va imponiendo el fenómeno que describe como “La actividad central, que tardó en imponerse sobre las otras, canalizándolas sin escrúpulos fue la literatura”. Y se explica: “Se nutrió de todas ellas: música, artes plásticas, teología, política, neurocirugía, historia, viajes, psicoanálisis y conferencias en los más diversos ámbitos”.

Fruto de esta situación, es uno de sus libros que alcanzó mayor repercusión y reconociendo dentro y fuera del país: la novela histórica “La gesta del marrano”, publicada en 1991. Está centrado en las persecuciones religiosas y la crueldad del fanatismo, a través de un caso sucedido en la América colonial

española en el siglo XVII, el del médico Francisco Maldonado da Silva, perseguido por su origen judío hasta la hoguera.

En los años noventa, concentrado en la literatura como profesión, publica “Elogio de la culpa” con referencias a la violencia política que siempre condena, “Todos los cuentos” una recopilación de los que ha escrito” y “Nueva carta esperanzada a un general”, donde avanza en una mirada retrospectiva positiva sobre la que ha publicado catorce años antes.

Con el inicio del milenio, en 2001 publica otro libro de gran repercusión: “El atroz encanto ser argentinos”. Es un agudo ensayo de corte sociológico sobre nuestras características como sociedad, escrito con un visión crítica, buscando entender el por qué de nuestros sucesivos fracasos.

Vendrán luego dos libros sobre la violencia política, que es una de las constantes de su obra: “Asalto al paraíso” y “Las redes del odio: recursos para desactivar la violencia”. Tras la crisis de 2001, inspirado por el compromiso cívico, apoya el proyecto presidencial de Ricardo López Murphy.

Son años, en los cuales a la literatura suma una intensa actividad en los medios de comunicación, no sólo escribiendo artículos, sino teniendo activa participación en los medios audiovisuales. Lo hace desde la posición de un intelectual con un profundo compromiso cívico.

Desde esta posición pública en 2005 “¿Qué hacer? Bases para el renacimiento argentino”. Es una propuesta para superar los problemas que producen el atraso del país, que él viene criticando y denunciando.

Dos años más tarde, aparece “El atroz encanto de ser argentino 2”, donde continúa y profundiza la visión crítica sobre nuestra idiosincrasia, con la mirada puesta en permitir el cambio a partir el reconocimiento de nuestras limitaciones.

En 2012, al iniciarse la segunda Presidencia de Cristina Kirchner, publica “¡Pobre patria mía!”. Es un duro alegato sobre la

situación que vive el país, reclamando un drástico cambio de la situación imperante, que considera inaceptable. La voluntad ciudadana lo producirá tres años después.

Pero en paralelo a este eje de preocupación cívica, incursiona en la literatura en temáticas muy diversas. “La pasión según Carmela”, es una novela romántica que se desarrolla en Cuba durante el surgimiento del Castrismo. “Elogio del placer”, es una suerte de canto a la vida y sus bondades. Trotsky es el personaje de una historia novelada “Liova corre hacia el poder”. “La furia de Evita”, es una novela histórica de uno de los personajes más complejos de la historia argentina. “Sabra” escrito en coautoría con Gustavo Perednik, trata sobre un poco conocido personaje precursor del estado judío, en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Temas diversos, que muestran la multiplicidad de intereses de Aguinis.

El del año pasado, “La novela de mi vida”, es una autobiografía escrita con estilo literario.

Pienso que es una muy buena síntesis de su vida analizada como un proceso, al que no sólo va nutriendo en su relato con estas diversas actividades,- realizadas todas con éxito y reconocimiento,- sino además presentando el contexto que se vivía entonces, tanto en el mundo como en el país. Desde esta perspectiva, también el libro es una suerte de “Aguinis y su tiempo”.

Su autodefinición de sentimiento patriótico es simple y compleja a la vez, al combinar tres identidades: argentina, judía y universal. Esta triple identidad, también ha sido acompañada de una ética, que ha guiado su conducta a lo largo de los años.

“Incendio de ideas. Lo que el siglo XXI tiene que aprender del siglo XX, fue publicado este año. Reúne una serie de artículos y escritos referidos a diferentes temas, que reflejan la agenda de problemas que se plantean en el mundo y ya entrada la segunda década de este milenio.

Si bien hay quienes piensan que Aguinis es un hombre del Renacimiento por la diversidad de sus saberes e intereses, yo creo

que más bien es un humanista, en la línea de su admirado Maimónides, médico, teólogo, matemático y legislador en la Edad Media o Albert Einstein, el gran científico y humanista, los dos cultores de los valores de verdad, belleza y bondad como es el caso del nuevo Académico.

Es difícil encontrar otra persona que haya ejercido en plenitud saberes y profesiones tan diferentes. También es un intelectual que ha sabido tener éxito en la acción concreta.

El tema que ha elegido para la comunicación que nos presentará hoy, confirma esa condición de humanista que mencioné: la persecución a los cristianos coptos de Egipto.

Borges decía que la vida de las personas estaba regida “por el vago azar o las precisas leyes del destino”, en el caso de Aguinis, sus padres eligieron para él el nombre Marcos, el evangelista fundador del cristianismo primitivo egipcio, devenido en los siglos siguientes en la comunidad copta hoy perseguida.

Por todo ello, Aguinis enriquecerá con su participación, la actividad de esta Academia.

## **LA PERSECUCIÓN DE LOS CRISTIANOS EN EL MEDO ORIENTE**

Por el académico DR. MARCOS AGUINIS

Señora Presidente de esta Academia, Lic. Marita Carballo, señores Académicos directivos y demás Sres. Académicos, que con amplia mayoría decidieron incorporarme a esta prestigiosa institución; estimado público integrado por miembros de otras Academias, científicos, juristas, artistas, periodistas y amigos; señor Académico Rosendo Fraga, a quien agradezco emocionado sus generosas palabras de presentación.

Como es tradicional, me referiré a quien fue el primero en ocupar el sillón donde se me acaba de incorporar. Se trata de José Benjamín Gorostiaga, notable abogado y político argentino, y uno de los principales autores de la Constitución Argentina de 1853. Perteneció a la ilustrada “generación de 1837”. Fue, además, ministro del Interior durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento y encabezó la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Llegó a ser postulado para la Presidencia nacional por figuras tan destacadas como Pedro Goyena, José Manuel Estrada y Bartolomé

Mitre, pero prefirió seguir dedicándose a su función de juez y profesor universitario. Notable ejemplo. Trabajó en la Junta Consultiva de la Revolución del 90 con Leandro Alem, Bartolomé Mitre y Bernardo de Irigoyen y, por último, se desempeñó como entusiasta fundador de la Unión Cívica que presidía Alem y fue la antecesora de la Unión Cívica Radical.

Mi antecesor inmediato en esta silla fue Fernando Barrancos y Vedia, que actuó durante muchos años como miembro de esta Academia y cuyo fallecimiento dio lugar a conmovedoras disertaciones cargadas de reconocimiento y dolor. Obtuvo el título de doctor en Derecho de la UBA y luego se graduó en Comparative Law, en la Universidad de Dallas, Estados Unidos. Durante un extenso período trabajó en calidad de consultor y profesor titular. También se lo recuerda como valiente Juez Nacional de Primera Instancia en lo Comercial y Juez en la Cámara Nacional de Apelaciones. Se trata de un gran jurista que nos dejó numerosos artículos de doctrina que se consultan con frecuencia. Fue relevante su calidad moral, que dio brillo a su desempeño como Académico de Número de esta institución.

Cumplida con placer esta tarea, que fortifica los valores de esta casa y otorga jerarquía a sus productos, pasaré a dedicarme al carozo de mi conferencia. Me ha inspirado el nombre de esta casa, lógicamente: Academia de Ciencias Morales y Políticas. ¡Morales y Políticas! La persecución que sufren últimamente los cristianos del Medio Oriente exige poner la lupa, abrir el corazón y llenarnos de coraje. Es un tema moral y político al que no se ha brindado adecuada atención. Confieso que es ripioso, porque lo infectan los prejuicios y el miedo. Muchos prefieren evitarlo. En esta oportunidad vuelvo a insistir que me estimula una insomne pulsión ética. No quiero herir, sino ayudar a la cura. Fui neurocirujano y sé que a menudo, más de lo que uno desearía, hace falta usar el bisturí. Prepárense para recibir varias incisiones, como si estuviésemos en un quirófano.

Como he señalado en forma repetida, el ala fundamentalista del Islam, tras una prolongada latencia, se ha erguido furiosa y avanza con diversas intensidades, métodos y justificaciones.

Pretende devolver el mundo a la oscuridad de la Edad Media, con su inflexible *sharía*, un código nacido en el siglo VII entre las tribus del desierto de Arabia. Pese a los avances de la ciencia y de la razón, sigue creciendo. Es absurdo, pero vuelve a demostrar cuánto más poder tiene la emoción del fanatismo que el equilibrio del análisis. Resucita la pregunta que se hacía la humanidad en el siglo XX, cuando uno de los pueblos más cultos de entonces, como el alemán, cayó bajo la tenebrosa seducción del nazismo. ¿Cómo era posible?

Una ONG, el Comité Cristiano del Medio Oriente, está formada por instituciones de Irak, Líbano, Sudán, Irán, Siria y todo el norte de África. Fue fundada en 1981 para monitorear las severas agresiones que se venían cometiendo contra las poblaciones cristianas desde el Atlántico hasta el océano Indico y más allá aún. Sus informes, que he leído, producen conmoción. La masacre cometida contra la histórica iglesia copta de Alejandría, por ejemplo, determinó que esa entidad publicase un documento en el que –¡por fin palabras claras!- condenó a sus autores directos e intelectuales. Dijo textualmente: “Este acto atroz fue realizado por los seguidores *jihadistas* de una ideología criminal corporizada por Al Qaeda, la red *Salafi* y sus aliados, que están infiltrando las élites de toda la región”.

Rogaba a los pueblos cristianos del orbe a movilizarse en favor de sus hermanos del Medio Oriente, gravemente amenazados por una impiadosa discriminación. Pero el mundo cristiano y Occidente en general, no se movilizó. ¡Para nada! Parece anestesiado. Cometió el pecado de mirar hacia otra parte y mantener un repugnante silencio. Desde entonces, la situación ha empeorado.

Insisto que estudié los informes de muchas agencias internacionales y agradezco los útiles datos que me proporcionó, entre otros, el periodista y escritor libanés George Chaya.

Empiezo señalando que en Arabia Saudita está prohibido construir una iglesia o exhibir una cruz o una Biblia, pese a que ese país construye mezquitas suntuosas por doquier e integra organizaciones de carácter ecuménico. Lo condenable no son las

mezquitas, sino la sistemática prédica del odio que allí se martilla, basada en la doctrina de los fanáticos y anacrónicos Hermanos Musulmanes. En ellas se calienta el resentimiento y la hostilidad.

Agrego otro dato objetivo: los intendentes cristianos de varias ciudades cisjordanas fueron reemplazados por musulmanes. Conocí al intendente de Belén tras la guerra de los Seis Días. Se llamaba Dawud Freij y era cristiano; un hombre que apoyaba la convivencia entre todas las comunidades; fue expulsado por la Autoridad Palestina. Pero lo más grave es que se ha producido un continuo éxodo que vacía de cristianos a todos los territorios llamados “palestinos”. Los católicos están desapareciendo de Irán. No cesan de disminuir los maronitas en el Líbano, donde eran la mitad de su población. Ya casi no quedan en Siria.

Las matanzas ocurridas en Sudán a lo largo de muchos años por hordas que irrumpían en las aldeas cristianas conforman una muestra del más extremo horror. Ni hablar sobre el genocidio de Darfur, que parece haber ocurrido en la prehistoria. Sudán y otros países que persiguen cristianos, oprimen a la mujer y discriminan a sus minorías religiosas, pero siguen formando parte de las Naciones Unidas y de la UNESCO y ¡hasta integran comisiones vinculadas con los derechos humanos! ¡Para enronquecer de indignación! ¡Qué grotesco! ¡Qué absurdo! ¿Y Occidente? En silencio...

En Eritrea se propagó la fantasía de que los cristianos deseaban voltear a la Junta dictatorial y se puso en marcha una campaña para limpiar el país de “los subversivos que portan una cruz”. En Bagdad, después de la caída de Saddam Hussein, hubo un asalto a su hermosa y antigua catedral en medio de la misa y se asesinó a 58 personas.

No olvidemos que durante la dictadura del general Muhammad Zia en Pakistán, se sancionó una ley contra la blasfemia, término vago que incluye desde una expresión insultante hasta una ingenua sospecha sobre las verdades del Corán. Pero esta iniciativa, en lugar de suscitar repudio, estimuló su reproducción, incluso en países con mayoría cristiana. Se trata de una escandalosa paradoja: en muchos países donde hay libertad de expresión y se

pueden formular reflexiones irritantes contra el cristianismo y otras religiones, ¡está prohibido señalar algo desagradable del Islam! Se ha impuesto la palabra “islamofobia” con mucha ligereza. Es un indebido privilegio que impide dialogar en paridad de condiciones.

¿Recuerdan que hace unos años, en Nigeria, fueron secuestradas centenares de niñas por una organización terrorista, forzadas a convertirse al Islam y ser esclavas sexuales, sin que se movilizara debidamente el mundo para su liberación? Ahora se logró la recuperación de una pequeña parte. Sólo una pequeña parte. La misma epidemia, pero agravada, ha ocurrido en Irak. No hay límites al espanto. Como si aún fuera insuficiente, los fanáticos musulmanes no se conforman con matar, sino que someten sus prisioneros al suplicio de la crucifixión. ¡En pleno siglo XXI! ¿Me han escuchado bien? ¡Crucifixión! Abundan fotografías de mártires cristianos atados con alambres en elevadas cruces de madera, a quienes se escupe y cruza a latigazos. ¿Hubo marchas, manifestaciones, congresos, misiones, reportajes y tantos otros recursos que se aplican a otros temas para repudiar semejante salvajismo? ¡Qué vergonzoso silencio!

Estos irracionales aspiran a un Medio Oriente *Christenrein* (limpio de cristianos), así como ya lograron que sea *Judenrein* (limpio de judíos) cuando expulsaron de sus países a todos los judíos en 1949, apenas se independizó el Estado de Israel y unas 800.000 personas tuvieron que huir.

Se estima que la población cristiana del Medio Oriente, hasta fines del siglo XX, se acercaba a un 20 por ciento. Los últimos censos la han reducido a un 5 por ciento. Ya corresponde emplear la palabra “genocidio”, término que se ha banalizado en boca de muchos ignorantes. Genocidio es precisamente eso: liquidar (o la intención de liquidar) un vasto grupo humano por razones de nacionalidad, raza, etnia o religión. Exterminarlo, hacerlo desaparecer de la faz de la tierra. En el siglo XX sufrió genocidio el pueblo armenio y otro más atroz lo padeció el judío. Luego llegaron las matanzas africanas. Ahora se destacan los crímenes perpetradas por las ramas asesinas del Islam. Algunos líderes, envalentonados por sus éxitos, han manifestado que

también recuperarán España y, en la misma España, ciertos imanes respaldan ese “derecho”, para lo cual se reproducen imágenes de la antigua presencia musulmana en el país. En otras palabras, el infierno del Medio Oriente –para estos sicarios- no se reducirá al Medio Oriente. Su ambición es planetaria.

El delirio ya se extendido más de lo sospechado. Crece bajo la peligrosa tolerancia religiosa que floreció en Occidente. Esa tolerancia no es apreciada por muchos líderes musulmanes, sino tomada como debilidad o decadencia. En Italia, el ministro del Interior expulsó al imán Raoudi Aldelbar con este mensaje: “Es inaceptable que se hagan explícitas invitaciones a la violencia y el odio religioso. Por eso he dispuesto su inmediata expulsión del territorio nacional. Que mi decisión sirva de advertencia a todos quienes piensen que en Italia se puede predicar el odio”. La medida fue adoptada tras una serie de investigaciones del Servicio Central Antiterrorista Italiano. No obstante, la corajuda decisión italiana no se mantuvo firme ni fue imitada. Prevalece una timidez suicida.

Urge que la porción civilizada del mundo ponga las manos en el fuego. Que eleve su voz y sus recursos. Falta lo principal: condenas explícitas contra esta versión canallesca del Islam por parte de los mismos musulmanes. ¡De los mismos musulmanes! Es decisivo. A los musulmanes les corresponde defender los aspectos nobles de su religión y criticar los que inducen al crimen. Hacerlo con fuerza. Asumir riesgos. Es verdad que los atraviesa el miedo a represalias salvajes. Pero su silencio los hace cómplices. No alcanza con poner las culpas afuera. Las matanzas en Siria, Irak, Nigeria y otros países no dan lustre a las buenas enseñanzas del Corán –que las tiene-, porque están mezcladas con las que invitan al desprecio. Señalo con énfasis que las palabras con las que empieza cada una de las *suras* o capítulos del Corán, dicen: “En el nombre de Alá, clemente, misericordioso”. En los crímenes contra los cristianos no hay clemencia ni misericordia, sino agravio a los cielos, si se considera que Alá es el creador de la vida.

Y ahora voy a nadar en aguas más peligrosas aún.

Respetables académicos: admitamos que en el Corán existen versículos reñidos con la paz, la pluralidad y la tolerancia. Se las encuentra con facilidad en sus numerosas páginas. Son los versículos que citan los *ihadistas*, para justificar sus delitos. Considero que es obligatorio señalarlo. Como también es obligatorio decir y reconocer que existe ese tipo de versículos en la Biblia. Pero la civilización ha logrado que se haga abstracción de las porciones hostiles y se acentúen las piadosas. Ellas convierten a las religiones de Occidente y algunas de Oriente en motores de la paz exterior e interior, luego de siglos en que parecían destinadas a lo contrario.

Los fanáticos islamistas se excusan con un falso victimismo. Afirman que el mundo cristiano y Occidente en general, agrade a la religión musulmana. Que los antiguos cruzados siguen vigentes y anhelan destruir el Islam. Quienes vivimos y recorreremos Occidente sabemos que no es verdad. Por el contrario, ha crecido un enorme cuidado para no caer en la llamada “islamofobia”. La mínima referencia crítica contra los musulmanes se califica así. Los musulmanes no aceptan ninguna crítica, por suave que sea, proveniente de alguien que no sea musulmán. Al Papa, antes de su reciente visita a El Cairo, le previnieron de esta limitación. Pero la gravedad del asunto proviene en que tampoco los musulmanes formulan las necesarias críticas.

El rodar histórico no es apreciado por el Islam. El Corán no exhibe cronología. De ahí que los sunitas y los shiítas, por ejemplo, estén enfrentados como si acabase de suceder el lejano asesinato del nieto de Mahoma, que motivó el irreconciliable cisma. Como si aún estuviésemos viviendo en pleno el siglo VII. Y la *sharía* pretende hacernos vivir, precisamente, como era recomendable en aquella época, entre tribus nómades en su mayoría. Son situaciones incompatibles la de ese pasado con nuestra realidad.

Si me permiten, cortaré el dramatismo de este informe con una anécdota que me narraron en Londres y he reproducido en mi reciente libro *Incendio de ideas*. En una parada taxis, en Londres precisamente, un musulmán devoto ingresa al auto. Una vez sentado pide al taxista que apague la radio para no oír música, tal

como lo prescribe su religión, dice, porque en los tiempos del Profeta no había música, y menos música occidental, que es la música de los infieles. El chofer del taxi, educadamente apaga la radio, se baja del auto, se dirige a la puerta del lado del pasajero y la abre. El hombre pregunta: ¡Qué está haciendo! Respuesta del taxista: “En el tiempo de su Profeta no había taxis, por eso bájese y espere el próximo camello”. Agregó que en los tiempos del Profeta tampoco había alcantarillas, ni servicios sanitarios modernos, ni hospitales, ni aviones, ni aire acondicionado, ni antibióticos, ni electricidad, ni imprenta, ni cine. ¿Todo esto debería ser prohibido?

La opresión de la mujer, ¿debería continuar y universalizarse? Un clérigo musulmán, dos años atrás, llegó a los tribunales de Munich con una solicitud que exigía el derecho de practicar la poligamia. La petición no prosperó en ese momento, pero fue la semilla para que germinase. Poco después, nada menos que en Italia, se repitió el pedido.

En el Medio Oriente nació el cristianismo. ¿Quién lo puede negar? Pero de allí se lo quiere expulsar. El Islam arribó a esa zona setecientos años más tarde y pretende tener el exclusivo dominio de esa región, como se advierte con su absurda pretensión sobre Jerusalén. En un clima fraternal, no existirían tales conflictos.

Es muy fácil advertir cuánto le debe el Corán a la Biblia. Algún temerario podría decir que incurre en muchos plagios. Es comprensible, porque cuando nació Mahoma, tanto en La Meca como en Medina prosperaban muchas tribus judías y cristianas y con ellas tuvo el Profeta íntimos contactos. Por eso, supongo, numerosas páginas del Corán se dedican a tratar de diferenciar la nueva fe de sus fuentes originales y con énfasis condenan a judíos y cristianos por no haber obedecido los mandatos de los profetas. Lo asombroso es que el odio de muchos musulmanes hacia Occidente se refuta con el mismo Corán, que eleva a rango de profetas los principales personajes de la Biblia judeo-cristiana e incluye la mayoría de sus relatos. Ese odio teológico es absurdo. Porque incluso es notable la jerarquía que brinda a Jesús y su madre María. Ambos son citados numerosas veces. Siempre con respeto. El Corán refuta la necesidad de que haya tenido Jesús necesidad de un

padre humano, comparándolo con Adán. Su nacimiento es narrado con una belleza y fantasía que después se desarrolló prodigiosamente. La joven y virgen María queda embarazada tras ser informada por el ángel Gabriel de tal prodigio. Pero su familia no acepta esta versión y la expulsa, acusándola de adulterio. Entonces María se aleja hacia el desierto, donde da a luz. Es acompañada por milagros, porque se abre un arroyo a sus pies, con los cuales se higieniza e higieniza al niño. De inmediato los datileros le arrojan sus frutos grandes y sabrosos. Decide volver a su hogar con el bebé en brazos. Su familia se resiste a aceptarla. Entonces Jesús, con pocos días de edad, les habla y exige devoción por su noble madre. Según el Corán, Jesús está destinado a cumplir una gran misión en el final de los tiempos.

Por supuesto que hay diferencias teológicas entre el judaísmo, el cristianismo y el Islam, pero ellas no justifican la feroz descalificación de los judíos y cristianos, a quienes en un versículo se los asimila con los monos y los cerdos. En la primera *sura*, llamada *Al Fatiha*, en las aleyas 6 y 7 se lee: “Dirígenos por la vía recta... Los judíos descienden de los monos y los cristianos del cerdo”.

Corresponde señalar que el Islam los designa “pueblos del Libro”. Deben ser respetados a cambio de un impuesto, que se llama *djimmah* o *djimmitud*. Es un concepto del Derecho Islámico, de acuerdo con el cual los judíos y los cristianos (y en ocasiones los miembros de otras religiones consideradas monoteístas, como los zoroastrianos), viven bajo la «protección» del gobernante musulmán, con derechos y deberes «diferenciados». La "gente de la *djimmah*" está exenta del servicio militar y del impuesto religioso, llamado *azaque*, pero en su lugar debe pagar un impuesto per cápita denominado *yizia* y un impuesto sobre la tierra. Asimismo tiene derecho a practicar su fe (aunque con severas limitaciones).

En la práctica, el tratado es inseguro e inestable y condena a una enorme precariedad a los no musulmanes, ya que basta una decisión unilateral de la autoridad islámica y el pacto puede suspenderse en cualquier momento, o imponerse nuevos impuestos de forma arbitraria, o secuestrar sus jefes espirituales y pedir rescate por ellos, o practicar el «impuesto de

sangre» (que consiste en el reclutamiento y la conversión forzosa de niños para integrarlos a las tropas). Los sultanes del Imperio otomano practicaron durante tres siglos este impuesto de sangre contra los cristianos de los Balcanes. Recordar todo esto ¿es islamofobia?

Otro aspecto que debería reformularse con energía por los dirigentes musulmanes, es el del martirio. El martirio ahora predomina en su religión de un modo perverso. Quizás la referencia más lejana puede encontrarse en el II Libro de los Macabeos, donde Ana y sus siete hijos se dejan asesinar por el dictador sirio, antes que renegar de su fe. Los primeros cristianos pasaron por la misma cruel prueba. Se dejaban asesinar antes que abjurar de sus creencias. ¡Pero no mataban a nadie! Eran verdaderos santos. Por eso sus nombres son recordados con venero. En cambio el martirio musulmán consiste en asesinar el mayor número de personas, incluidos niños, ancianos y hasta otros musulmanes, para tener acceso inmediato al ascensor que los elevará al paraíso una vez que ellos también mueran. Antes de fallecer, asesinan. Se suicidan, pero después de cometer una atrocidad. Lo importante es matar el mayor número de seres humanos. Su propio sacrificio vale porque antes carneó a uno o muchos semejantes.

Las pruebas de esto abundan. Por ejemplo, la Autoridad Palestina honra sus nombres designando calles y otros espacios públicos. Además, paga una fuerte pensión a sus familiares, lo cual estimula a que muchos mejoren la situación de sus parientes con este sanguinario recurso.

Mientras, a Europa le da vergüenza llamarse cristiana. Europa se niega a reconocer sus raíces con dignidad y, como tiene pudor en reconocer su herencia, tampoco se anima a denunciar los continuos asesinatos y persecuciones de los cristianos en el Medio Oriente.

La cultura occidental, basada en los principios judeo-cristianos y los ideales de la Ilustración ha sido muy abierta a los ciudadanos musulmanes. Atacar o vilipendiar a los musulmanes en Europa se considera y se consideró un ataque a su propia cultura.

Pero una cosa es ser xenófobo o islamofóbico, y otra muy distinta es pecar de ingenuidad.

Sin lugar a dudas, numerosos musulmanes han adoptado los principios de Occidente. Por eso no dudo en rendir mi homenaje al policía musulmán que murió defendiendo a los editores de la revista Charlie Hebdo y al empleado musulmán de un supermercado que escondió a clientes en un refrigerador, liberándolos de la amenaza de ser masacrados. Pero son las excepciones.

Por otro lado, Ayman Al-Zawahiri, actual jefe de Al Qaeda, pidió a todos los grupos cercanos o distanciados de su organización "unir esfuerzos para la victoria total del califato sin importar si lo hacían con organizaciones como Al Nusra o ISIS". De lo que se trata, dijo el líder terrorista, "es de aplastar al infiel y ganar en nombre de Alá la tercera guerra mundial contra los cruzados".

Termino esta disertación aclarando que mi tempestad de acusaciones fue formulada por un novel académico que porta el mismo nombre del evangelista que estableció el cristianismo en Egipto, Marcos. Que además tiene a su favor haberse interesado por el Islam desde la adolescencia. No sólo se esforzó por leer el extenso Corán, sino conocer las etapas brillantes de esa fe, como la traducción de los antiguos griegos al árabe, para desde ahí universalizarlos. Se entusiasmó con la relativa convivencia de tres siglos que hubo en España entre las tres grandes comunidades monoteístas y la casi simultaneidad de dos pensadores racionalistas como Averroes y Maimónides, ambos nacidos en Córdoba, bajo pleno dominio islámico. Su primer libro fue una biografía de Maimónides. Su primera composición musical fue una suite inspirada en melodías árabes. Su primera novela un intento para desarrollar el romance entre una judía y un palestino, antes de la Guerra de los Seis Días. Anhela que el Islam avance hacia la modernización, la decisiva modernización que lograron los cristianos y los judíos. Para conseguirlo, juzga que debemos empujar a los sectores cuerdos y sanos del Islam, para que ellos impongan una verdadera primavera musulmana. Sugiero que se empiece por denunciar sin miedo las persecuciones que ahora

sufren los cristianos y constituyen un baldón para este primer cuarto del siglo XXI.